

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIV JORNADAS

VOLUMEN 10 (2004), Nº10

Pío García
Patricia Morey
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



El perspectivismo histórico de Nietzsche a Koselleck y sus implicancias para el debate en torno al narrativismo

Julián Ferreyra *

El perspectivismo, la forma de aproximación a la filosofía de la historia que podemos encontrar en la *Segunda Intempestiva (Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida)* que Nietzsche publicó en 1874, reaparece dos siglos más tarde en la signatura de Reinhart Koselleck. Sin embargo, algo, mucho ha cambiado. El término reaparece, pero la concepción de la historia no es la misma. Los fines de la investigación histórica han mutado de un autor a otro. Como suele ocurrir, que usen los mismos términos no quiere decir que estén hablando de lo mismo. Intentaremos puntualizar en qué consisten estos cambios y arriesgaremos la hipótesis que entre ambas interpretaciones del perspectivismo se establece la tensión en la que se debate una de las corrientes fundamentales de la filosofía de la historia contemporánea: el narrativismo. Intentaremos mostrar esta tensión a través de un breve análisis del problema de la base empírica en Hayden White y F. R. Ankersmit, y las críticas que sobre este punto ha formulado Chris Lorenz. A continuación, expondremos en qué medida el estudio comparativo de Nietzsche y Koselleck puede aportar luz a la cuestión.

Nietzsche recurre al perspectivismo como herramienta para establecer un equilibrio entre la necesidad de olvidar y la necesidad de darse un pasado como horizonte de sentido (ya que el hombre no puede vivir, ni siquiera moverse cargado como un camello por las pesadas piedras de la sobresaturación histórica, pero tampoco puede sobrevivir en un "hoy" aislado de todo pasado, no puede sobrevivir en el caos). Pero Nietzsche no está preocupado por preservarse de las acusaciones de relativismo que aparecen como pecado mortal en el debate actual de la filosofía de la historia. ¿Cómo podría ser *esa* la preocupación de alguien que escribió: "No hay ningún suceso en sí. Lo que acontece es un grupo de fenómenos seleccionados y resumidos por un ser interpretador"¹? Las preocupaciones de Nietzsche eran muy otras. Tenían que ver con la vida, con la voluntad de poder, no con la historia como objeto de conocimiento.

Koselleck, en cambio, busca un equilibrio de un orden totalmente diferente: entre la necesidad de la historia de eludir el realismo ingenuo y la arbitrariedad (el sí está preocupado porque se lo acuse de relativismo). No es ingenuo: considera que el pasado sólo se conoce desde una determinada perspectiva. En ese sentido, el perspectivismo es un dato de la realidad, ineludible. Koselleck pone, siente que no puede dejar de poner en evidencia la situación histórica del historiador como condicionante de su narración, pero *a su vez* construye en forma cuidadosa la manera de proteger *a toda costa* a la investigación histórica del error y la arbitrariedad. Encontrará ese medio en el estudio metódico de las fuentes. Koselleck de-

* Universidad de Buenos Aires. Fundación Antorchas.

Epistemología e Historia de la Ciencia, Volumen 10 (2004), N° 10

fiende, así, la existencia de una cierta verdad histórica, que es el punto de convergencia de todas las perspectivas.

Basculando entre el "no hay hechos, solamente interpretaciones" nietzscheano y la resistencia de las fuentes de Koselleck se constituye el debate en torno al narrativismo.

La oscilación del narrativismo

Según la forma de ver de White, "la historia es una construcción, más específicamente, un producto del discurso y la discursivización"². Dice también: "los hechos son construidos conceptualmente en el pensamiento"³ y "un hecho sólo tiene existencia lingüística". Este tipo de afirmaciones, que lo ligan fuertemente con la postura nietzscheana y que han sido el blanco de un sinnúmero de críticas, se encuentran entrelazadas con planteos más cercanos a Koselleck. En *Hecho y figuración* recurre como base empírica al concepto de "acontecimiento": algo que ocurre en el tiempo y el espacio y es atestiguado *más o menos* adecuadamente por los registros documentales y los rastros monumentales (he aquí la resistencia de las fuentes). De acuerdo a esta diferenciación, los "hechos" son enunciados acerca de un acontecimiento en la forma de la predicción. La discusión histórica no es sobre los hechos, dirá White, sino sobre el significado de los acontecimientos. Es decir, la historia no discute ni sobre los acontecimientos sobre las cuales no hay dudas (ya que han sido atestiguados *más o menos* adecuadamente) ni sobre los hechos (porque son enunciados que sólo existen en el pensamiento, el lenguaje o el discurso y, cuando son proferidos por historiadores del mismo nivel de erudición y sabiduría no pueden decidir entre representaciones en conflicto); la historia discute sobre el significado que se le asigna a los acontecimientos. Es decir, sobre las interpretaciones. La tensión es evidente: White recibirá, por un lado, críticas de relativista en tanto afirma que los "hechos son construidos" y, por el otro, críticas de ingenuo en tanto considera que el testimonio de los registros y rastros es más o menos adecuado cuando en general es *menos* adecuado.

Chris Lorenz es un ejemplo de esta doble crítica. En una parte de su artículo *Can histories be true?* acusa al discurso narrativista de *arbitrario* por afirmar (como de hecho White afirma) que los hechos son ficcionales y por no tener en cuenta la cuestión de la investigación histórica. Parece olvidar que White tuvo buen cuidado en dejar un residuo de base empírica (es cierto que muy volátil) en los acontecimientos y que además señala que éstos son el resultado de la investigación histórica en tanto registros y rastros. El problema es que el uso de los términos no puede sino generar confusión: White dice *no hay hechos* y después de tamaña aseveración no podía esperar menos que indignaciones como la de Lorenz. Claro que al momento de escribir el historiador *no tendrá más remedio que interpretar* los acontecimientos que fueron fruto de su investigación histórica y no producirá otra cosa que enunciados, es decir hechos que no son más que interpretaciones; los volátiles acontecimientos corren el riesgo de transformarse en meros fantasmas. Por lo tanto la objeción de Lorenz no está *totalmente* fuera de lugar. En otra parte del artículo de Lorenz encontramos el segundo aspecto de la doble crítica a la que hacíamos referencia: subraya la cierta ingenuidad de White en el acceso de los acontecimientos y su "nada accidental" omisión del problema de la interpre-

tación en el nivel de la investigación histórica, es decir, la presencia de interpretación por parte del historiador ya al nivel de los registros y rastros.

Ankersmit, por su parte, empieza su artículo *Statements, Texts and Pictures* levantando la guardia: "la objeción general a la aproximación literaria, textual al estudio de la historia es que descuida la cuestión de la verdad y la confiabilidad del estudio de la historia"⁴. El anclará la verdad en dos puntos: por un lado, dirá que hay una verdad como correspondencia entre los "enunciados descriptivos" y la realidad, sobre los cuales, él entiende, rara vez hay disenso entre los historiadores. Pero esos enunciados descriptivos tienen un defecto: no constituyen un discurso histórico. La historia está formada por "sustancias narrativas", es decir, textos históricos integrales que predicen una cualidad de la realidad histórica misma, una verdad que no tiene que ver con la correspondencia sino con la referencia. Un enunciado descriptivo acerca de *La persistencia de la memoria* de Salvador Dalí puede ser juzgado de acuerdo al criterio de verdad como correspondencia, pero no así el surrealismo, que es una sustancia narrativa que refiere a un constructo del historiador que no tiene su correlato empírico en la realidad. Esta diferenciación pone muy nervioso a Chris Lorenz que se dedica a refutar la tesis de que "la noción de verdad como correspondencia no puede ser aplicada a los relatos históricos en contraste con los enunciados individuales que forman colectivamente estas historias". Lorenz se indigna ante la postura de Ankersmit de que todo vale en el universo narrativo mientras los enunciados singulares sean verdaderos. Como siempre, en un doble sentido: tanto por el "todo vale" como por la posibilidad de determinar sin sombra de duda si los enunciados singulares son verdaderos o falsos.

Lorenz, en suma, destaca la basculación del narrativismo entre un textualismo que identificaría la historia con su cualidad textual y un intento de escapar de ese textualismo (que critican en Derrida y Foucault, por ejemplo) a través de una cierta ingenua concepción de "verdad" en los enunciados singulares o los acontecimientos. Pero, al fin de cuentas, Lorenz también muestra una profunda preocupación respecto a los criterios de verdad en la historia "que no pueden ser en ningún caso accidentales".

En definitiva, encontramos, tanto en dos autodenominados narrativistas como White y Ankersmit como en un severo crítico a su pensamiento como Lorenz la misma oscilación y que creemos puede ser planteada en términos de "perspectivas": ¿dónde empieza la perspectiva del historiador? ¿En la investigación, en la narración? ¿Cuál es el límite de esas perspectivas? ¿Hay un núcleo que permita establecer un punto de convergencia de todas las perspectivas? ¿Hay una "verdad histórica"? Creemos que puede echarse luz a esta cuestión a partir de un análisis del perspectivismo y dos de sus figuras paradigmáticas, Nietzsche y Koseleck, que establecen los polos entre los cuales este debate parece estar oscilando.

Nietzsche: sentido histórico, sentido ahistórico

"El sentido histórico de nuestro tiempo es una virtud hipertrofiada"⁵, dice Nietzsche. Hipertrofia, el sentido se vuelve contra sí mismo y se transforma en sin sentido. El proceso se desarrolla de acuerdo a su propia dinámica interna y tiene la siguiente forma: El hombre crea la historia para darle sentido a su vida,

busca conocer lo que pasó para imaginar, para anticipar lo que puede deparar el futuro. Atemorizado por una existencia que se complejiza, responde con un reflejo maniático: acumular más y más información. Leer más, conocer más, creyendo que eso le permitirá darle sentido al mundo. El resultado es, sin embargo, paradójico: de tanto sentido histórico, de tantas piedras indigestas de conocimiento, de tanto medirse con acontecimientos que lo son incomprensibles, el "hombre moderno" cae en el caos del que buscaba escapar. Embrutecidos por un exceso de información que no pueden sintetizar, se encuentran incapaces para la acción, para la vida.

Saturación, hastío: este es, en pocas palabras, el diagnóstico de época que presenta Nietzsche. Ante tal sombrío panorama, Nietzsche propone un doble remedio. En primer lugar, reivindica la capacidad de sentir de manera no histórica. *Capacidad de olvidar*. Se trata de una maniobra previa en la estrategia de supervivencia: empezar por despejar el solar donde más adelante se construirá la casa. Olvidar. Hacer tabula rasa. Empezar de cero. Salir a caminar por el bosque. Abandonar todo: todas esas palabras, esas imágenes abrumadoras. Darse el derecho a olvidar. Enfrentarse al ciego poder de lo real. "En las más pequeñas y grandes dichas hay un poder de olvidar, sentir de manera no histórica, abstrayéndose de toda duración"⁶, dice Nietzsche. "El sentido de la historia entera es precisamente que descubra su falta de sentido y se harte de sí misma"⁷, señala en otra parte.

Pero sobre ese solar habrá que construir. No se trata de vivir en el vacío. No se trata de volver al caos originario para escapar al caos moderno. Se trata más bien de darnos una superficie que vuelva a ser calma donde floten las determinaciones no ligadas, como miembros dispersos. Allí habrá que construir. "Lo ahistórico y lo histórico son igualmente necesarios para la salud de un individuo, un pueblo, una cultura"⁸: así como necesita olvidar, el hombre también precisa recordar; precisa un sentido, un horizonte, una perspectiva, "apreciaciones perspectivistas gracias a las cuales podemos mantenernos con vida, es decir, con voluntad de poder". Necesita lo suprahistórico: el niño que juega con los sentidos.

Lo suprahistórico es la fuerza plástica para poder transformar y asimilar lo extraño, sanar las heridas, regenerar las formas destruidas. El hombre suprahistórico limita lo histórico sintetizando: *es la fuerza para utilizar el pasado como instrumento para la vida*. La historia puede ser funcional para la vida y para la acción. Pero para eso no tiene que ser LA Historia, un monumento, un sentido último, trascendente, inalcanzable, inmodificable. No es una sustancia, no es un fundamento. La historia debe ser vista como una perspectiva, un *como sí*, un sentido que nos damos a nosotros mismos y que debemos sostener en tanto y en cuanto sirva para la vida y para la acción. Y cuando no sirva (o cuando amenace con sepultar nuevamente al hombre) podemos destruirla, volver a despejar el solar, volver a construir nuevos sentidos.

Tal es la propuesta nietzscheana: tomar el pasado como herramienta para la vida, como material para la creación continua. Pero mantener la alerta que implica, en sentido estricto, el perspectivismo: ser vigilante ante la creación de ídolos, la momificación, la destrucción porque sí. No transformar al sentido suprahistórico ni en el sí del asno ni en un nihilismo decadente. "La historia consiste sólo en el conjunto de precondiciones que uno deja atrás para «devenir», es decir, crear

algo nuevo. Esto es precisamente lo que Nietzsche llama lo Ahistórico", resume Gilles Deleuze. Transformándola así en suprahistoria, Nietzsche pone la historia al servicio de la vida. "Se debe impulsar la historia desde los fines de la vida"⁹, dice. El problema es la vida, siempre la vida.

Koselleck y la resistencia de las fuentes

En Koselleck, el problema ya no es tanto la vida sino la historia, la historia en sí, y en ese sentido es más estrictamente un filósofo de la historia. En su "Futuro pasado" de 1979, Koselleck encuentra en el perspectivismo la manera de eludir el realismo ingenuo: "la historia -dice- se realiza siempre en perspectivas con un contenido y un fundamento significativo condicionados social y personalmente"¹⁰. Y, dice también: "la historia se considera desde diferentes perspectivas; con los cambios de la historia cambian también los enunciados históricos sobre esa historia"¹¹. Pero, sin embargo, realiza un intento teórico de desligar el perspectivismo de la parcialidad y la arbitrariedad que podría atribuírsele a Nietzsche. Y lo hará a través de la postulación de "la capacidad de resistencia de las fuentes". La presentación puede ser diferente y plural, pero la historia es para él una sola. Del perspectivismo nietzscheano como ficción pasamos a un perspectivismo como presupuesto del conocimiento histórico relativo a la inevitable multiplicidad de puntos de vista que implican diferentes situaciones históricas y sociales. Al mismo tiempo, la perspectiva es *necesaria* porque las fuentes deben ser interrogadas para construir una historia que es siempre algo diferente de ellas.

Koselleck se aleja explícitamente de la exigencia premoderna de dejar que la verdad aparezca de forma pura e inmediata. La fantasía del apartidismo y la imparcialidad no es otra cosa que un realismo ingenuo. El perspectivismo vendrá, en el siglo XVII, a poner en cuestión a esta cándida metáfora del espejo como modelo del trabajo del historiador. La perspectiva pasó a considerarse constitutiva de la historia: la selección de los hechos depende de los destinatarios, de las circunstancias sociales o políticas de enunciación y, fundamentalmente, de la dimensión temporal. La nueva concepción de la historia permitía al historiador "producir historia" en cuanto a su diseño y disposición, una estructuración retroactiva correspondiente a la intención narrativa. Y, lo que es más importante, la intención del historiador deja de ser evaluada negativamente para ser considerada inevitable.

Pero el perspectivismo en Koselleck no es, como pudiera ser en Nietzsche, pura creación libre; no es una realidad *querida* sino *inevitable*, y que en la medida en que no sea reconocida como tal sólo enturbiará el acceso a algún tipo de verdad histórica. Koselleck tiene añoranza de la casa de la verdad. El perspectivismo presenta el riesgo de arrojarnos al caos del relativismo o incluso a la irracionalidad. El aporte principal de Chladenius a las ideas esbozadas por Comenius, habitualmente pasado por alto a lo largo de tres siglos (por ejemplo por Nietzsche) pero que sin embargo hacen que éste establezca un marco teórico que según Koselleck no ha sido sobrepasado hasta hoy, es ponerle límites a una concepción relativista del perspectivismo. "El descubrimiento de fuentes de sucesos pasados indica una capacidad de resistencia y tiene un peso específico que no se puede desplazar *ex post* de forma voluntaria mediante una toma de partido a favor o en contra"¹². A

través de las fuentes el perspectivismo regresa, podríamos decir, a casa: regresa a la posibilidad de postular una verdad histórica (aunque no tenga ya la transparencia que soñaron los "premodernos").

El método histórico tiene su propia racionalidad. Cuestiones sobre la autenticidad de los documentos, datación de los mismos, datos estadísticos, tipos de lectura y variantes de textos, su recepción o desarrollo: todo esto se puede determinar con la misma exactitud que tienen las ciencias naturales (...). Este canon de meticulosidad metódica, elaborado a lo largo de siglos, sirve como contrapeso firme frente a afirmaciones arbitrarias que se presentan con la pretensión de seguridad de una certeza convencida de sí misma¹³.

Al mismo tiempo, las fuentes no son la historia. "Cada fragmento que convertimos en fuente con nuestras preguntas nos remite a una historia que es algo más o algo menos que el propio fragmento, y en todo caso, algo distinto"¹⁴. Koselleck no deja de lado el perspectivismo. El historiador produce la historia a partir de las fuentes a través de su propia visión, e incluso su propia creatividad. Pero aún así, las fuentes nos dan el calor de hogar. Las fuentes, como los acontecimientos en White o los enunciados descriptivos singulares en Ankersmit o los controles intersubjetivos de Lorenz son como los leños que crepitan en el hogar, como la reproducción de Renoir colgada en la pared blanca, como el sofá mullido, como el guiso de lentejas. Dan ese olor, esa cierta paz, precaria, amenazada, pero paz al fin. "Una fuente nunca nos puede decir lo que debemos saber. Ahora bien, nos impide hacer afirmaciones que no podríamos hacer. Las fuentes tienen derecho a veto (...) Datos falsos, cantidades equivocadas, explicaciones erróneas de los motivos, falsos análisis de la conciencia: esto y más se puede descubrir mediante la crítica de las fuentes. Las fuentes nos protegen frente a los errores"¹⁵. Nos protegen: estamos en casa.

Conclusión

En Koselleck, más allá de las perspectivas, más allá del abandono de las posiciones privilegiadas e imparciales, la verdad permanece, permanece la antigua seguridad de que el historiador sólo busca y repite la verdad, como centro de convergencia de todas las perspectivas. En Koselleck, el historiador está al servicio de la historia. Una historia que nos permita vivir a salvo del tan temido relativismo. Nietzsche, en cambio, buscaba liberar al hombre de la asfixia del conocimiento histórico *independientemente de que ese conocimiento sea verdadero o falso*. En Nietzsche la verdad histórica carece de importancia, la casa puede ser demolida: el historiador es un nómada que está al servicio de la vida. Construye sentidos, los abandona cuando éstos empiezan a tomarse demasiado en serio, los atesora y luego los rompe, sabe que siempre se podrán crear otros, que la historia volverá idéntica y por lo tanto cambiada en la próxima vuelta del eterno retorno.

White y Ankersmit se encuentran atrapados entre ambas posturas. Por un lado, necesitan de un cierto residuo de verdad que diferencie el texto histórico del texto literario. Por el otro, se encuentran tentados una y otra vez por postular un historiador que construye sus propios sentidos, sus sustancias narrativas, sus tropos discursivos. Por momentos, parece que los acontecimientos de White se disuelven ante hechos que son sólo interpretaciones. Por momentos, parece que las

sustancias narrativas de Ankersmit quedan en manos de un historiador nómade que esta al servicio de la vida, buscando constituir un pasado valioso, hermoso como una obra de arte. Para algunos, esa tensión implícita aparece como un problema que es necesario resolver. Para otros, es lo que hace tan apasionante la aventura del narrativismo que White empezó con la publicación de *Metahistoria* en 1973 y que revolucionó el mundo de la filosofía de la historia.

Notas

- 1 Nietzsche, *El Nihilismo. escritos póstumos*, Península, Barcelona, 1998, pág. 26. También: "No hay hechos, solamente interpretaciones". Pág. 60.
- 2 Hayden White, *Hecho y figuración del discurso histórico*. Paidós, Barcelona, 2003. Trad. Verónica Tozzi.
- 3 *Ibidem*.
- 4 Ankersmit. "Statements, Texts and Pictures", en F.R. Ankersmit y H. Kellner, eds., *The New Philosophy of History*, Londres, 1995, pág. 212.
- 5 Nietzsche, *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida*.
- 6 Nietzsche, op. cit. Pág. 42
- 7 Nietzsche, *El nihilismo*, op. cit., pág. 38
- 8 Nietzsche, *Sobre la utilidad*. . op. cit., pág. 45.
- 9 Nietzsche, op. cit., Pág. 51
- 10 Koselleck, R., *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona, 1979, pág. 183.
- 11 Koselleck, op. cit. pág. 173
- 12 Koselleck, op. cit. pág. 183.
- 13 Koselleck, op. cit. pág. 199.
- 14 Koselleck, op. cit. pág. 199.
- 15 Koselleck. op. cit. pág. 201.